

Giraldo Peláez, Santiago

El patrón nos manda saludes. Posconflicto en la Sierra Nevada de Santa Marta
Revista Colombiana de Bioética, vol. 9, núm. 2, julio-diciembre, 2014, pp. 119-120

Universidad El Bosque

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=189233271014>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

El patrón nos manda saludes. Posconflicto en la Sierra Nevada de Santa Marta*

The patron sends us greetings. Post-conflict in Sierra Nevada of Santa Marta

Santiago Giraldo Peláez**

Hace aproximadamente dos meses uno de mis colaboradores más cercanos me envió un mensaje de texto que se convirtió en el título de este documento. «¿Cuál patrón?», le pregunté. A lo que respondió: «Usted sabe, el viejo...». Se refería a Hernán Giraldo Serna, antiguo jefe del Bloque Resistencia Tayrona, hoy en una cárcel en los Estados Unidos. Al leer el mensaje ni siquiera supe qué pensar o sentir. Mi colaborador había sido uno de los escoltas de Hernán, y su hermana es madre de uno de sus hijos, a través de la que nos había llegado el mensaje de la cárcel en Virginia, Estados Unidos.

El mensaje que me llegó ilustra de manera bastante clara algunas de las paradojas y dificultades inherentes al posconflicto, y los dilemas éticos y personales a los que nos vemos enfrentados quienes vivimos y trabajamos en zonas como estas. No hay respuestas fáciles a

estos dilemas ni solución para algunas de estas paradojas, y tampoco habrá perdón ni reconciliación en muchos casos.

La discusión que sigue está basada en mi experiencia personal como investigador en la Sierra Nevada de Santa Marta, durante los últimos 14 años. Comencé a trabajar en la Sierra a finales de 1999, durante el apogeo de los grupos de autodefensa en la zona baja de la parte norte, y el control guerrillero en la parte alta, y durante años he transitado por el río Buriticá que conduce al Parque Arqueológico de Teyuna-Ciudad Perdida.

El camino arranca del pueblo conocido como «Machete Pelao» que fue una de las bases de las fuerzas paramilitares de Hernán Giraldo que operaban en la zona. Pero ¿qué cambió entre 1999 y 2014? En el 2000, cuando fui

* Esta ponencia fue presentada en el XX Seminario Internacional de Bioética «Del conflicto armado al conflicto político» realizado por el Departamento de Bioética de la Universidad El Bosque, Bogotá, Colombia, el 10 y el 11 de octubre de 2014. Documento entregado el 10 de octubre de 2014 y aprobado el 5 de diciembre de 2014.

** Antropólogo, Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia; máster en Ciencias sociales, Universidad de Chicago; doctor en Antropología, Universidad de Chicago. Durante los últimos catorce años se ha dedicado a trabajos de investigación y preservación en el sitio arqueológico de Pueblito en el PNN Tayrona y en el Parque Arqueológico de Teyuna-Ciudad Perdida. Es autor de la Guía a Teyuna-Ciudad Perdida publicada por el ICANH. Desde el 2010, es director del Programa de Patrimonio del Global Heritage Fund, mediante el cual se da apoyo al Instituto Colombiano de Antropología e Historia en el desarrollo de un plan de manejo para el Parque Teyuna-Ciudad Perdida y distintas actividades de investigación y conservación. Correo: sgiraldo@globalheritagefund.org

por primera vez de trabajo a Ciudad Perdida, el entonces jefe del parque le tenía que dirigir una carta a uno de los comandantes de la zona, para informarle que «el antropólogo Santiago Giraldo» se dirigía a trabajar en Ciudad Perdida y que por favor se le prestara «cualquier ayuda que requiriera».

Al llegar al pueblo había hombres armados por todos lados, y aún me acuerdo de un joven, de unos 16 años, sentado en un columpio del parque que se mecía suavemente con su fusil AK-47 colgado al hombro. Vi campos de coca sembrados por todos lados; cocinas adonde llevaban turistas para que conocieran el procesamiento de pasta base; días de pago cuando rodaba la cerveza; camionetas llenas de hombres armados que iban y venían. Hoy en día y al cabo de tantos años trabajando en la zona, algunos de mis amigos de «Machete», dicen que soy más de aquí, de «Machete», que de allá.

Después de los acuerdos y el proceso de desmovilización de 2006 y 2007, hace ya 8 años, ¿qué hemos aprendido? Que los poderes en la sombra no se irán, y que siempre habrá uno u otro grupo que maneje los negocios ilegales de la zona. Que aquellos que eran poderosos en aquella época siguen siendo poderosos, solo que ahora bajo el manto de la legalidad. Que necesariamente habrá impunidad, puesto que es imposible iniciar procesos a todos los implicados. Solo unos pocos pagarán penas.

De los, aproximadamente, 74 guías que trabajan en el camino a Teyuna-Ciudad Perdida, unos 32 son desmovilizados y reintegrados. Otros reintegrados son mototaxistas, algunos volvieron a labores agrícolas y cambiaron sus cultivos de coca por cacao y café. Algunos, simplemente, cambiaron de organización. Entre

los niños que crecieron viendo el orden paramilitar, algunos, ya como adultos, decidieron vincularse a otras organizaciones que operan en la zona.

Queda una extensísima gama de grises; una neblina complicada, en la que a veces es imposible saber con algún grado de certeza quién le hizo qué a quién y por qué razones. Hay ciertos silencios que son difíciles de penetrar y todos convivimos de distintas formas con nuestras memorias de aquellas épocas difíciles. No es posible generar verdad ni reparación por decreto, solo desde la autonomía y decisiones que toman las distintas personas al pasar los años. Y solo el paso del tiempo hace que ciertas heridas se difuminen y se borren.

Los antiguos jefes paramilitares que quedan en la zona me conocen y tomamos cerveza de vez en cuando. Mi apellido se presta para confusiones interesantes, como cuando tres de los hijos de Hernán y yo, terminamos en la misma buseta camino a Santa Marta y nos detuvo la Policía. Todos los pasajeros nos miraban después de que nos devolvieron las cédulas y leían los nombres en voz alta. Algunos de los guías me molestan y me dicen que he podido trabajar tantos años ahí, porque «su tío Hernán lo deja...»

Hacer las paces implica vivir con las consecuencias moralmente ambiguas de años de conflicto; con situaciones preocupantes para las que no tenemos soluciones inmediatas, y con que a uno le manden saludos desde una cárcel a cuatro mil kilómetros de distancia. La neblina de la guerra, que solo se disipa lentamente, nos deja ver las ruinas de la paz y todo el trabajo que queda por delante.